

LETRAS

letrillas

LETRONES

Penetramos en un recinto sagrado. Pero en lugar de incienso saltaba al rostro el olor del papel seco y las encuadernaciones antiguas. La luz penetraba en haces angostos y platinados, como si correspondiesen a reflectores escondidos. Nuestros zapatos hicieron crujir las maderas y en torno a mi cabeza percibí el revolotear de espectros. Apenas avancé tuve la sensación de haberme internado en un laberinto organizado con paredes llenas de tomos. Los miré con la intensidad que uno transfiere a la vista cuando se ansía convertirla en tacto. Mis pupilas realmente tocaban y acariciaban, no así mis dedos, porque habría sido una profanación. Me envolvían como un abrazo de oso obras que fueron escritas con lágrimas y valentía, con desesperación y pánico, que significaron la condena de sus autores a la cárcel, la tortura física y moral, los juicios sumarios, la humillante y forzada autocritica, la ejecución. Esto fue así hasta ayer, es decir hasta hace apenas quince años. Esto es así aún hoy, en un amado país del Caribe. Pensé que tal vez iba a encontrarme con los libros de Raúl Rivero y otros cubanos que no se resignan a callar. Pero todos los lomos que me esmeraba en descifrar estaban escritos en checo o eslovaco, pocos en ruso.

Caminé ida y vuelta por los pasillos densos, hundido en la montaña de papeles que me rodeaba. Olía los volúmenes, los miraba y también trataba de escuchar los murmullos que contenían tantas palabras subversivas juntas. Mi bella guía se comunicó en checo con el bibliotecario, con quien yo no había logrado entenderme ni en castellano, inglés, francés o alemán. Me sorprendió que sólo hablase checo y eslovaco, pero no necesitaba otra lengua para atender las joyas de esa arca gigante. Me hizo saber a través de mi acompañante luminosa que podía tocar los libros, sacarlos de los anaqueles, hojearlos. Entonces comenzó un banquete.

El primer frágil volumen que tomé en mis manos estaba encuadernado en forma casera, como todos los demás. Lo abrí y me sorprendió que tuviese hojas muy finas. Pero se explicaba, porque

BIBLIOFILIA

El arca de los libros prohibidos

Praga.- Tuve el honor de ser designado para acompañar al presidente Václav Havel en la presentación del libro *Pruebas de contacto* de Raúl Rivero, el poeta y periodista cubano que acaba de salir de la mazmorra a la que había sido condenado por defender la libertad de expresión. Recién aparecía la traducción al checo de su doloroso libro. El presidente Havel quiso embellecer el acto con la informalidad bohemia que correspondía a un hombre y una obra perseguidos por la última dictadura de Occidente y la reunión, a su pedido, tuvo lugar en un café donde confluyen los artistas de Praga, pero que en esa ocasión desbordó escritores, políticos y periodistas de numerosos países del mundo.

Tras el emotivo acto renació mi interés por los libros prohibidos durante el

comunismo que hasta 1989 había conseguido amordazar la producción literaria y artística de un tercio de la humanidad. Me habían contado que en esa ciudad mágica existía un sitio también mágico donde se guardaban los famosos *samizdat* impregnados de coraje y esperanza. *Samizdat* era una palabra que había adquirido resonancia épica. La hermosa guía checa que habían escogido para mis recorridas de la ciudad, y con quien hablamos en fluido francés, sabía del lugar y prometió llevarme.

Cruzamos esa gema de la arquitectura y la historia que es la plaza irregular de la Ciudad Vieja, fundada en el siglo XII, y caminamos bajo la perfumada llovizna de otoño hasta una plaza vecina llamada Senovázné. Un edificio antiguo, como son casi todos, y una puerta alta y reseca correspondían al sitio buscado.

Me dispuse a caminar el tiempo hacia atrás, hacia los años de la cerrada opresión que tan bien habían descrito plumas como Havel, Iván Klima y Milan Kundera.

esas hojas eran copias en papel carbónico de color añil. El libro había sido pasado a máquina en forma clandestina. ¿Cuántas veces? Tal vez cuatro o cinco o seis. Las copias no siempre eran bien legibles, pero se las sometía a una paciente encuadernación y luego se las distribuía a mano, con la prudencia de no ser descubiertos por el inclemente aparato represor.

El segundo volumen también era una copia a carbónico casi fuliginoso y se podía leer mejor; tenía menos páginas, era un libro de poesía. El tercer libro me produjo un estremecimiento: estaba escrito a mano, con lapicera, y contenía varias fotografías. El bibliotecario explicó que había muchos libros con fotografías, en particular los testimoniales; esas fotografías constituyen ahora un repositorio de gran valor para reconstruir los años de la dictadura.

Las obras prohibidas que fueron rescatadas por esa institución suman varios millares. Comprenden ensayos, novelas, cuentos, poemas y testimonios diversos. Encontré títulos de Václav Havel, que también tuvo que recurrir a la técnica del *samizdat* aunque había conseguido que algunas de sus piezas fuesen representadas.

Otra sorpresa fue reconocer a autores franceses, ingleses y americanos traducidos al checo. Eran los que el régimen no autorizaba. Entre ellos —¿no es impresionante?— obras de Jean Paul Sartre. Sartre fue un pensador contradictorio que había decidido apoyar el socialismo real aunque no podía refutar la sistemática violación de los derechos humanos y su fracaso como sistema alternativo. Pero como no siempre medía sus palabras, una vez dijo algo que no gustó a las autoridades comunistas que, con la presteza no aplicada a otros rubros, lo prohibieron durante una época. Entonces también sus obras tuvieron que saborear el amargor de la clandestinidad gracias a los valientes checos que decidieron mantenerlo vigente y se tomaron el trabajo de reproducirlas a máquina.

Varias obras fueron vedadas luego de haber sido impresas con la debida

autorización del gobierno y los ejemplares que pudieron rescatarse de la destrucción siguieron marchando por las arterias subterráneas del *samizdat*. Estaban ahí, en ese templo de los libros prohibidos. Otras obras que no habían sido aún impresas —pero integraban las nerviosas colecciones “ilegales”—, tuvieron la fortuna de recibir el favorable comentario de un jerarca del Partido y entonces marcharon hacia las imprentas del Estado, las únicas que podían realizar tiradas significativas.

Esta arca tiene un nombre oficial: *Libri Prohibiti*. Fue inaugurada un año después de la Revolución de Terciopelo y expresa la voluntad de defender la libertad de expresión e información de un pueblo que supo cuánto duele no tenerlas. Es también una denuncia a la traición cometida por los comunistas que habían luchado por esa libertad cuando estaban en el llano y la castrotraron ferozmente cuando alcanzaron el poder. Esa entidad es sostenida en forma privada e independiente por la casi totalidad de la intelectualidad checa. No hubo grietas en su decisión, porque estaba harta del oprobio que significó la arrogancia estúpida, ignorante y paranoica de la nomenclatura que esclavizó el país.

La ahora enorme colección está dividida en secciones, con archivos especiales, documentos, referencias, filmes y audiovisuales. Permanece atenta al descubrimiento de los materiales que aún pueden permanecer olvidados en un sótano, un desván, una prisión o escondites frecuentes como el doble piso, la doble pared o el doble cielorraso. Brinda servicios a instituciones nacionales y extranjeras de literatura, historia y política; tiene conexiones con universidades y grandes bibliotecas. Son obras que, pese a la precariedad de sus materiales, gozan de buena salud y tienen mucho para decir.

Antes de abandonar ese santuario vi algunas de las vetustas máquinas de escribir que se habían utilizado para la larga y desigual batalla. Parecían los alertas cancerberos de un tesoro. Atravesé la penumbra de un corredor y salí a

la calle que había recuperado sus colores luego de la llovizna. Respiré la fragancia que llenaba el aire como habrán respirado la libertad los autores que se mortificaron escribiendo los libros prohibidos que acababa de visitar. —

— MARCOS AGUINIS

BIOGRAFÍA

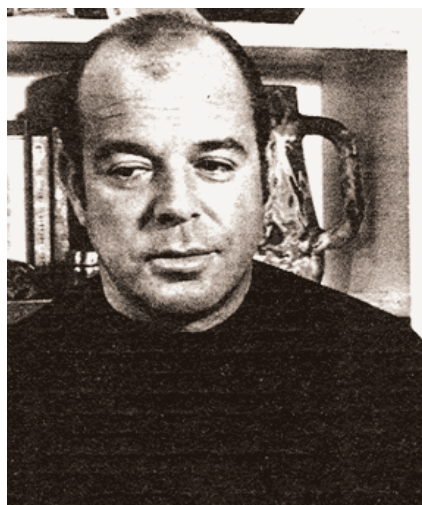
Solo a dos voces

El crítico Sainte-Beuve, que en estas cuestiones mucho se enredaba, afirmó que “*L'écrivain est toujours assez facile à juger, mais l'homme ne l'est pas également*”. Ignoro —porque aún no lo leo— cómo juzga a uno y a otro el libro *Jaime Gil de Biedma* (Circe, Barcelona, 2004) de Miguel Dalmau. En todo caso, y tratándose de quien se trata, el escritor y el hombre estuvieron muy mezclados, conformaron casi una única criatura en esa dinámica de la desesperación propia de una conciencia que reconoce el poder absoluto de la muerte, es decir, la inutilidad del combate por la sobrevida, el vacío que aguarda a la vuelta de la esquina, el absurdo fiar en una ilusión —así sea la ilusión artística. Y más: vistas las cosas desde esa perspectiva ambigua y confluyente, escritor y hombre apostaron por ser los solos protagonistas de la obra, escritor y hombre vueltos personaje monopolítico, facultad rectora, punto de vista dominante. Ambos trazos y trozos a la vez de un monólogo dramático a dos voces de mayoritario carácter autobiográfico que se adueña del centro de la escena, es gobernado por una economía de transacciones y armisticios superpuestos y se administra por un sistema de argucias irónicas y distancias críticas que impiden la grosera y sentimental confusión indiscriminada. Escritor y hombre, entonces, convertidos en personaje, o al menos inequívocamente identificados con el personaje, personaje en el que tanto la personalidad como la emoción de uno y de otro —y el remordimiento de uno y de otro— buscarán hacerse presentes hasta constituirse en el principal sujeto de interés, hasta ser la clave dramática

que alimenta la obra y la piedra de toque de la transferencia literaria que esa obra instiga en sus lectores.

Que se diera esta concurrencia a medias simbiótica (una asociación íntima, recuérdese, de organismos de diferente especie que se favorecen mutuamente) entre el escritor y el hombre no debe llamar a sorpresa. Gil de Biedma fue un moderno. Alguien, pues, que se afilió al código que contemporáneamente arrancó con Yeats (*"I speak in my own person and dramatize myself"*), siguió con Eliot (*"if a writer wishes to give the effect of speech he must positively give the effect of himself talking in his own person or in one of his roles"*), se acompañó con Pound (*"in writing, a man's name is his reference"*) y llegó a su vértice con Auden (*"the characteristic style of modern poetry is an intimate tone of voice, the speech of a person addressing one person, not a large audience"*) y con Connolly (*"one should be able to live at least three lives concurrently, and heaven knows how many in rotation"*). Otra estrategia literaria, que importa en este esquema, es la que propone Stephen Spender en su *World Within World* (1959): *"I am I: hero of a potential autobiographic novel in which I give the hero and the other characters their real names and their attributes [...] I insist that I am a citizen, that I have views and take sides and accept responsibilities, and even hold opinions about public affairs."* Estas figuras fueron los representantes anglosajones de lo moderno, los representantes que Gil de Biedma hizo suyos y que, en especial en los ejemplos de Eliot y de Auden, lo ayudaron a encauzar su idea de lo que la poesía es en un tiempo y en un lugar determinados, a encontrar un tono propio y a trasladar a su obra sus convicciones estéticas. Del lado francés gesticulaba, por supuesto, Baudelaire, el poeta intelectual y sensual, el poeta de *l'immonde cité*, el poeta de retórica indirecta y no obstante tan próximo semejante nuestro. Nada más lejos, en estas coordenadas, que esos periodos culturales en los que el poeta era de modo explícito y por profesión el custodio o la voz del mito o incluso de una tribu, un grupo social o un culto.

Ser moderno —ser razonablemente



Jaime Gil de Biedma: la persona y el artista.

moderno— fue un mandato para Gil de Biedma. Nieto e hijo oscilante de la zona más autorreflexiva de la poesía moderna española, la que va de Bécquer al primer Alberti, de los Machado a Salinas y Guillén y Cernuda, y hermano de José Ángel Valente y Carlos Barral, tal nieto, hijo y hermano supo desde temprano en su trayectoria intelectual que existía una familia común a la que había que aquilatar y honrar. A esa familia, a esa secuencia de progresivos y actualizados alumbramientos de orígenes arcaicos llamada tradición, en la que la poesía procede de otros textos y de experiencias literarias previas, Gil de Biedma no sólo sumó su identidad peculiar, sino que indagó en sus tránsitos y en sus reencarnaciones hasta apropiársela y enriquecerla con rigor y gusto literarios. Muchos de sus ensayos son, en este sentido de analítica pertenencia a un patrimonio iniciático, memorables.

Persona literaria práctica, Gil de Biedma se ocupó de un campo de acciones y de intereses circunscrito, de tierras firmes y fronteras nítidas, y lo desarrolló. Tal actitud restrictiva explica una característica de su obra: la asunción de un reconocimiento de los propios atributos y de las propias limitaciones, fueran de índole humana o literaria, de modo de lograr que unos y otras de alguna manera coincidan, no se estorben, acaben por protegerse dialéc-

ticamente y cuajar artísticamente. Que nosotros, obstinados hipócritas lectores inmersos en las aguas heladas del cálculo egoísta, en la complicidad que transitoriamente creamos con un poema, seamos capaces de aceptar las virtudes y sobre todo los defectos privados que aparecen aquí y allá en una manifestación poética, y además estemos dispuestos a compartir como propias al menos por un momento las alegrías y sinsabores que allí discernimos, es también una marca moderna. Todos, poetas y lectores, somos hijos de vecinos, personas humanas y no divinas, ciudadanos democráticos acaso tocados, en raras y felices ocasiones, por el fulgor fugaz de lo sagrado. Poeta y lector unidos, en el caso concreto de Gil de Biedma, por los influjos seductores y la eficacia expositiva de una sensibilidad que se expresa con sobriedad y habla con una ancha capacidad de emoción y de experiencia. Una sensibilidad —y el dato es decisivo en este contexto de modernidades contiguas— que nos ofrece un testimonio siempre firmado por el escritor y por el hombre que coexisten, un testimonio donde el conjunto (lo que se intenta decir, la belleza de la forma), sin dejar de obedecer a la intransigencia de la inexorabilidad artística, sin dejar de hacer leña de sí mismo en una mecánica de autorreferencias y reproducciones que no cesan, está subordinado a la verdad, a la autenticidad. De ahí, de ese alto rasgo de integridad, nos llegan la sabiduría y la revelación que anhelamos encontrar cada vez que nos adentramos en una lectura, y que tantas piezas de Gil de Biedma venturosamente nos deparan. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

CELEBRIDAD

De cómo llegué a ser Alguien

Tardé casi treinta años, pero lo logré: a principios de diciembre finalmente aparecí en las páginas de *Quién*, ese santuario editorial donde los elegidos dejan la ignominia

del anonimato e ingresan a la nueva aristocracia mexicana. Dios sabe que había intentado todo durante varios años con tal de incorporarme a ese pequeño círculo donde *se es alguien*. Contra todos mis instintos misántropos, asistí a fiestas y visité sitios donde, con un poco de suerte, pudiera aparecer el esperado fotógrafo. Recorrí la pista de baile del Cluv, pagué ciento cincuenta pesos por un whisky de mala muerte, le sonreí a cadeneros recién salidos de la cárcel, asistí a cocteles e inauguraciones. Como la mujer de un soldado en tiempos de guerra, vivía a la espera del servicio postal. Tenía el anhelo de ver aparecer en el buzón la invitación que le diera ese tan necesario respiro a mi desesperada búsqueda social.

Mientras llegaba mi momento de gloria, me dediqué a mirar con envidia a los afortunados que, por suerte o astucia, aparecían cada mes (y luego cada quincena!) en las páginas de la revista: bodas pirotécnicas en Acapulco, lunas de miel en Bali, algún hijo de algún ex presidente que se revelaba como el siguiente Frank Lloyd Wright, bautizos con trajes blancos y vestidos color de rosa, anoréxicas desfilando en las pasarelas de algún *fashion show*, galerías de arte llenas de visitantes con rostros fingiendo interés y conocimiento (“mmh, esto me recuerda tanto a Picasso”), memorables entregas de anillos de Tiffany’s, distinguidas parejas de jóvenes paseando por las Lomas, millonarios semidesnudos en los gloriosos *spas* de las playas mexicanas, carreras de autos con voluptuosas edecanes y gafas oscuras, estrenos de tiendas en Masaryk, caravanas de potentados con guaruras en frenético celo, graduaciones de ansiosos preparatorianos de la clase alta (los futuros protagonistas de la vida social en México). Ahí estaban todos... menos yo.

El asunto llegó al límite cuando encontré, hace algún tiempo, a un amigo escritor adornando la última parte de la revista durante la presentación de su libro de poesía en la que yo había estado. Me sentí como quien pierde la oportunidad de toda una vida.

Me arrepentí de haber llegado tarde a la presentación del poemario: si me hubiera vestido un poco más rápido, si mi hermano no hubiera insistido en comer un par de tacos antes de llegar a la fiesta, pensé. Mi suerte era un calamidad: el fotógrafo —por supuesto— se había ido apenas media hora antes de mi arribo. Los días siguientes permanecen ocultos en una especie de neblina: la depresión que provoca el anonimato es incomparable.

Tardé algún tiempo en vencer el desánimo. Cuando finalmente emergí de aquel sopor, decidí solucionar mi frustración de manera científica: tenía que haber algún método comprobado para aparecer en *Quién*. Un par de días después, sentado en un café de Polanco, alcancé a escuchar a un grupo de mujeres hablar del impacto de la revista en su círculo social. Una de ellas, proveedora de los mejores chismes de la tertulia, aseguraba que Jaime Camil, el *hombre Quién* por excelencia, no aparecía en la revista por méritos propios ni por azares del destino: de acuerdo con la viperina *socialité*, Camil hablaba a *Quién* cada quincena para avisarle a la editora por dónde andaría en las siguientes dos semanas y suplicarle que, por el bien de su notable carrera artística y de la propia publicación, le mandara a un fotógrafo. La noticia me sacudió. Estuve a punto de dejar mi mesa y sentarme con las damas de sociedad. Quizá, si utilizaba la brillante estrategia de Camil, lograría aparecer en *Quién*. Consideré la posibilidad de tomar el teléfono y presentarme, así, sin más, con los encargados de la revista. Pero desistí: forzar mi aparición en *Quién* habría sido similar a sobornar a un editor para la publicación de un texto. Y la dignidad era —y, a fe mía, sigue siendo— el límite de mi vanidad.

Para finales de este año, la esperanza se me escapó. Quizá, pensé, yo no tengo las hechuras de la realeza *faux*; tal vez no merezco pertenecer a la elite de mi país. Y, entonces, llegó el milagro. Un reportero de la revista decidió visitar a mi abuela para hacerle un homenaje por su larga carrera en el periodismo de

sociales en México. Y mi abuela, generosa como es, le dio al periodista una foto de nosotros para incluir en el texto. Y fue así como, el 1º de diciembre del 2004, hice mi debut en la revista *Quién*. Ahora, honestamente, la gente me trata diferente. Mi novia me mira con ojos ensoñados, mis alumnos en la Ibero me saludan con respeto, mis amigos me hablan para invitarme a comer, y mis compañeros de trabajo saben quién es quién. Me siento célebre, poderoso. Cuando voy por la calle, camino un poco más erguido. Ahora... si tan sólo pudiera aparecer en *Caras*. —

— LEÓN KRAUZE

HISTORIA PATRIA

Héroes de papel moneda

En Venezuela los billetes han servido principalmente como medio para ilustrar la gloria de nuestros héroes militares. Casi todas las imágenes que aparecen son las del rostro de un prócer de nuestra violenta épica criolla. Bolívar está en casi todos los billetes en una especie de reiteración delirante de su figura: joven, viejo, con bigotes, con rulos, con canas, de cualquier forma. También Antonio José de Sucre y José Antonio Páez reflejan en sus miradas la gravedad de sus campañas, y se asoman en algunos billetes viendo al infinito. Casi sin darnos cuenta hemos convivido durante años con militares y próceres en nuestros bolsillos. Salvo la honrosa excepción de Simón Rodríguez y José María Vargas (y de Andrés Bello en el extinto billete de cincuenta) era “normal” ver a generales y mariscales ilustrando nuestro dinero. Están allí las charreteras, las condecoraciones, las bandas, todos los símbolos de la cultura castrense, donde además podemos adivinar, como una extensión fantasma, la bota, el sable y la pólvora.

Aparte de una evidente falta de creatividad, esto revela una fatiga iconográfica. Que yo recuerde nunca hubo una discusión pública acerca de los motivos o figuras que serían seleccionados para

ilustrar nuestros billetes. De alguna forma todos asentíamos ante algo que nos parecía que *estaba bien*, o peor: nos era totalmente indiferente, pues la raíz de toda indiferencia es la conformidad acrítica. En el mejor de los casos, nuestra capacidad de respuesta era apenas de carácter estético, y sólo destacábamos la belleza del billete, sus colores, su diseño, o nos burlábamos de cierta imagen afeminada de Bolívar o de la insignificancia material de los “tinoquitos”. A pesar de su importancia estratégica (un billete además de instrumento de pago es una herramienta casi propagandística) jamás se debatió acerca de esto, como tampoco se ha debatido sobre la casposa idea de que toda plaza principal debe llevar el nombre de El Libertador y en su centro una estatua ecuestre o un busto de Bolívar.

Se trata de una consecuencia más del culto excesivo a nuestros héroes independentistas. Si convenimos en que la cultura de la violencia es el rostro más real de nuestra sublimada epopeya, entonces es evidente que los venezolanos hemos crecido en una sociedad cuya estructura mítica justifica el uso de la violencia militar. Le debemos a la guerra el nacimiento de nuestra nación, y esta es una deuda que a los ojos de una sociedad moderna puede resultar conflictiva. No cabe duda de que la independencia es nuestro mito fundacional, pero la reiteración fatigosa de las figuras de ese mito nos ha distanciado de otro tipo de representaciones igualmente necesarias. Es como si nuestro archivo de imágenes se hubiese reducido sustancialmente y sólo echáramos mano de las imágenes pertenecientes a un hecho específico en una época remota. Esto trae como consecuencia el empobrecimiento de lo que podríamos llamar nuestra “galaxia” de imágenes nacionales, y por lo tanto nuestro ser nacional, antes que enriquecerse y hacerse complejo, se simplifica a un paseo solemne entre los mármoles de los panteones.

Antes de la llegada del euro, los billetes españoles reproducían los rostros de Benito Pérez Galdós, Ramón

María del Valle Inclán, Rosalía de Castro y José Clemente Mutis: un narrador, un dramaturgo, una poeta y un eminente botánico el siglo XVIII que registró en sus dibujos la heterogeneidad de la flora sudamericana. En Brasil, el billete de 20 *reais* está ilustrado con el rostro del poeta Mário de Andrade, y en Uruguay el billete de cinco pesos está dedicado al gran pintor y hacedor de juguetes Joaquín Torres García. Yo me pregunto, ¿por qué no están Vicente Emilio Sojo o Juan Antonio Pérez Bonalde en nuestro papel moneda? ¿O Arturo Michelena o Armando Reverón? ¿O Francisco Narváez o Carlos Raúl Villanueva? Me entretiene imaginar billetes venezolanos con las imágenes de Teresa Carreño o Teresa



Bolívar ae eternum.

de la Parra, o incluso —aunque esto ya sería una provocación para los nacionalistas más recalcitrantes— con imágenes del bogotano José de Oviedo y Baños, del soldado español Juan de Castellanos o del sabio alemán Alexander von Humboldt quienes, a pesar de ser extranjeros, hicieron un gran trabajo por la construcción de nuestro ser y el registro de nuestra geografía. Sospecho que detrás de estas exclusiones habita la firme convicción de que el billete es una especie de Olimpo en el que sólo merecen estar los héroes incuestio-

nables, y en Venezuela este privilegio parece ser exclusivo de los comandantes.

Resulta excesivo cargar en un simple billete la responsabilidad de un giro civil en nuestra iconografía cotidiana —en los programas de educación básica está sin duda la responsabilidad mayor—, pero se trata de un medio idóneo para familiarizarnos con otra cosa que no sea la epopeya militar independentista. El venezolano de hoy en día no se identifica exclusivamente con las figuras de la gesta patriótica (y de ser así estamos en presencia de un anacronismo peligroso y decadente.) Tampoco el londinense del siglo XXI dialoga a diario con el genio militar del almirante Nelson. Nuestros grandes mitos militares han llenado por mucho tiempo nuestro imaginario con sus campañas gloriosas, sus miradas adustas y sus espléndidos uniformes. Quizás ahora haga falta alimentar nuestro archivo de imágenes, no sólo con héroes, sino con escritores, poetas, docentes, pintores, arquitectos, científicos, escultores, músicos, y esto sería una forma de perfilar una imagen, no sólo de nación emancipada sino también *abonada*, con personajes que no sólo contribuyeron a liberarla sino también a construirla. Es decir, comenzar a familiarizarnos más con nuestro también importante legado civil, y hacer de nuestra imagen de nación algo más complejo, pleno de opciones diversas y rico en referencias más allá de las militares. Hoy más que nunca se hace necesario descansar de la epopeya: el renacimiento de sus cultores actuales nos obliga.

Nuestros billetes son un espejo de nuestras preferencias y de la lectura que hacemos de nuestra propia cultura, y en ese espejo podemos ver desde hace muchos años una repetición de motivos que ha conducido a una pérdida de significados. Esto además evidencia la necesidad de una revisión aún más profunda de nuestra hagiografía patriótica, que traería como resultado un cambio estructural necesario: sustituir la idolatría manipuladora por conceptos menos ciegos, y cultivar la admiración hacia

nuestros personajes civiles modernos. A través de esto podríamos poco a poco construir, junto a los mitos militares del siglo XIX, los mitos civiles del siglo XX. Pero esto es una tarea enorme y para ello haría falta mucho más que unos billetes devaluados. —

— GUSTAVO VALLE

PUBLICIDAD

Qué hacer cuando la marca te acosa

El automovilista defeño no sólo es víctima de calles con trazo irregular, saturadas de agujeros y protuberancias, en las que es imposible seguir la línea recta de un carril (aunque sea imaginario); calles en las que los semáforos no funcionan, los policías obstruyen el paso e impera la dictadura del pesero. Además es la víctima indefensa de las marcas comerciales más importantes.

Encerrado en su vehículo, no puede escapar de los anuncios. Están en todos lados: en los espectaculares que impiden la vista del cielo (por otro lado, siempre gris), en los costados de edificios (que probablemente no aportan nada al panorama), en las paradas, en los puestos de periódicos, en prácticamente cualquier esquina, en las bardas de las construcciones nuevas (o de casas a punto de caerse), en postes de luz, en árboles, en ventanas...

El acoso es brutal y, frente a él, los conductores se ven obligados a lo que hace quien se siente acorralado y no puede escapar físicamente: se evade. Así, han dejado de *mirar* los anuncios. Eventualmente, los pechos redondos que saltan del anuncio de Wonderbra obligan a levantar la vista y tal vez a hacer un vago y confuso reconocimiento de lo que la fotografía vende. Es probable que movidos por auténtico interés, los conductores acrediten uno o dos anuncios más asociados a sus necesidades o deseos. A lo mejor ven con atención mujeres u hombres jóvenes, hermosos y esbeltos y suponen que *deberían* ser copilotos de esa travesía diaria o que

son el reflejo de su ser más profundo (y oculto). Pero en términos generales bloquean el abuso del que son objeto.

El fenómeno no ha pasado inadvertido para los anunciantes. Tampoco es que hayan tomado medidas conscientes para disminuir el acoso y así lograr que se ponga más atención al mensaje que quieren dar. Más bien al contrario. Las prácticas invasivas han perdido la poquísima sutileza que les quedaba y, peor aún, ya no están sujetas a que el consumidor potencial *decida* qué quiere ver y por qué quiere verlo. No hay opción. Están ahí, sobre ellos; encima, literalmente, del pobrecito *target*, quien tiene dos opciones: aceptar de mala gana lo que le es impuesto o volverse, de plano, muy grosero.

Primero fueron unas mujeres vestidas de Gatúbela que paraban el tráfico. Sus trajes —de plástico imitación piel— tenían orificios en los muslos, en el torso y dejaban muy descubierta la espalda y buena parte del pecho.

Llevaban unas máscaras con orejas de gato y una larga cola de terciopelo. Los automovilistas, de por sí harto confundidos, veían con ojos de asombro a las gatitas que se paraban en los semáforos —con una bolsa de cacahuates japoneses escondida en la escasa ropa— meneando las caderas, ronroneando, invitando a ver la última película de Halle Berry.

Luego vinieron las vaqueritas de Shell. Delgadas y morenas, portaban con orgullo unas trenzas falsas muy rubias, bajo sombreros *cowboy*, todos de la misma medida. Llevaban polainas sobre los *jeans*, una camisa a cuadros abierta para enseñar lo más posible y el logo de Shell por todas partes. Entregaban volantes de preferencia a los autos conducidos por varones. Se recargaban sobre las ventanillas abiertas, sonreían coquetas y hablaban de los prodigios de la marca que les pagaba el disfraz.

A dos o tres publicistas les pareció genial la idea y, en breve, la ciudad llenó sus avenidas más transitadas por el *target* AB a C, de jóvenes vestidos de la forma más inopinada.

Telmex reclutó a una cuadrilla de

muchachos delgados para vestirlos con monos de satín azul eléctrico, escotados en el pecho; capa blanca, peluca afro, lentes oscuros de marco dorado, y lanzarlos a sacudirse frente a las conductoras para venderles una promoción que difícilmente podían articular. Sacudían un trasero más que evidente gracias al satín, también sonreían coquetos y aprovechaban la extraña diversión de estar en medio de una calle transitadísima, con su capa a cuestras por entre los coches. Post-it vistió a su pequeño ejército como carteros, les puso un cinturón con la canastilla de una bicicleta empotrada, gorra y silbato, y los mandó a repartir muestras de su producto.

Frente a este embate publicitario palidecieron los pollos bailarines parados fuera de locales de comida y hasta pierde fuerza el Doctor Simi, dispuesto a morir de calor sobre Revolución —si fuera necesario— para darle a los transeúntes un impreso con los descuentos en Similares. Ahora será necesario que el pollo y Simi se lancen a las calles, deambulen por entre los coches y regalen una muestra de lo que sea.

Un shampoo no verá su suerte en esta capital si no contrata a chicas guapas, bien formadas, con un pelazo, para que repartan el que de veras elimina la orzuela, el que de verdad hace que todo brille, el que por fin quitará la caspa para siempre. Un pan no tiene forma de trascender si no hay quien regale al menos unas rebanadas en un paquete con toda la información que uno necesita sobre los granos que lo conforman. Pareciera que cualquier marca necesita sentarse en las piernas de los conductores, literalmente.

A falta de reglamentos, lo único que queda es el estoicismo. Los conductores tienen algunos aprendizajes pendientes: cerrar la ventanilla al mediodía, cuando el rayo del sol atraviesa el cristal; mirar con fijeza las placas del auto que va enfrente; fingir la más absoluta demencia cuando alguien —en disfraz, peluca y con volantes o muestras entre las manos— toca insistentemente en la ventanilla; cerrar los ojos cuando una chica incline

el escote o un muchacho menea el trasero para que compremos... Eso, el estoicismo. —

— JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

TELEVISIÓN

Fama de karaoke

La fama no puede ser el impulso vital para acercarse a una profesión, puesto que las expectativas de victoria son el pavimento que construye el camino a la derrota. Ese trofeo, para aquellos que habitan la tele, no depende del anhelo de ser aplaudido o de una actuación soberbia, mucho menos de una voz capaz de tronar vidrios al mismo tiempo que conmueve corazones. En el culto a la celebridad, los programas televisivos de nota rosa juegan un papel fundacional, alejado del deseo de gloria del actor.

Dedicada a comentar el reemplazamiento del auto de tal actriz, la noche loca del nieto de tal actor, la conversación con el dentista que le puso *brackets* al primo del antagonico de una telenovela, y todas esas curiosas minucias que pasean en la periferia del trabajo de la interpretación, la tele rosa es, al final de cuentas, el último plano del talento pero punto esencial en este tipo de fama. Para ser reconocido con alabanzas y atendido de inmediato en un restaurante, para ser interrumpido en la fila del banco y firmar un autógrafo, no es necesario poseer técnica y demostrarla sobre un escenario, basta con ser elegido constantemente por las editoriales de espectáculos.

Como en un *karaoke* donde Lety, la penosa de la oficina, canta con entusiasmo sobre el sexo adúltero, y todos sus compañeros al corearla están al tanto que va dedicada con coraje a su ex marido, los programas de espectáculos fungen como aquel escenario en donde el protagonista de la nota no está allí por sus virtudes, sino porque tiene espectadores que con morbo siguen su historia.

El reconocimiento en los programas de nota del género es el punto más

sublime del mundo del espectáculo, y conocemos muchos casos en los que cantantes y actores, cegados por la ambición, sin contar con armas para entrar en la batalla, se defienden con una colección de lugares comunes que dan como único resultado la inverosimilitud en la interpretación. Pero éste, desde luego, no es un tema que compete a los periodistas, volviendo al *karaoke*, pues poco importa que Lety sepa cantar, lo que importa es que terminó con su esposo por infiel y que está sobre el escenario. En ese orden.

No cabe aquí tocar el tema de los alcances de la televisión en nuestro país, por lo que tomaré como ejemplo a mi abuela: ella no puede nombrar de memoria los estados de la República y sus capitales, pero conoce con erudición los nombres de sus *artistas* favoritos (¿alguien tiene el teléfono de aquel que decidió llamar artistas a los cantantes y actores de telenovelas?) y los nombres de los personajes que han interpretado; incluso he llegado a pensar que, si yo apareciera de extra en una de las telenovelas en las que ella vierte su interés, quizás habría confundido menos veces el nombre de mi hermano con el mío. Es común que la población de *Ventaneando* y *La oreja* sean los inquilinos de la memoria de los espectadores, pues, al final del día, los pormenores de la vida de los otros son parte de la cotidianidad del televidente necesitado de escuchar historias. (No hay que confundir una magnífica interpretación con una anécdota que nos conmueve: tomemos un trago antes de aplaudir de pie en un *karaoke*.)

La buena actuación nada tiene que ver con la fama *per se*: capitalizar la belleza de una actriz para sus fines personales es diferente a la creación de un personaje, son dos caminos que nunca se juntan; sin embargo, ésta ha sido una problemática desde los tiempos bíblicos. Recordemos el pasaje de la actriz de Moab, quien sufría todas las noches porque nunca le daban el papel protagonista en las telenovelas. Una de esas noches en las que lloraba mientras cortaba espigas, Dios habló con ella y le

dio algunos *tips* para conseguir el estelar: le recomendó desmayarse constantemente quedando siempre en una postura provocativa, le advirtió que debía enamorarse del millonario, también le aconsejó usar prendas que despertaran la libido de los espectadores y que, a pesar de los escotes, se comportara como joven inocente; y sobre todas las cosas le pidió que al hacer una llamada telefónica nunca marcara los números, que simplemente descolgara y comenzara a hablar. Estos consejos fueron de gran utilidad para la moabita.

Hasta nuestros días, los anhelos de fama son comprensibles porque, como en una mezcla homogénea de shampoo y acondicionador, la fama y el poder vienen en el mismo empaque sin fecha de caducidad, y el medio más popular para conseguir la aprobación del otro es la televisión. El oficio siempre será tema de atenderse en otra ventanilla. En ésta (la que nos ocupa), la fama se persigue sólo con miras a sí misma y no le pide currículum a nadie. Quizás sea útil observar los programas televisivos de nota rosa del mismo modo que se mira cantar a los amigos en un *karaoke*: en un momento dado, cualquiera de nosotros puede estar allí, y eso sólo significa que a uno le pasaron el micrófono. Nada más.

Finalmente, aconsejo al lector que cuando se encuentre accidentalmente dentro de un medio de comunicación, no pierda la oportunidad de enviar saludos a sus parientes más queridos: por ello aprovecho para mandar un saludo a mi mamá. —

— BRENDA LOZANO

METRÓPOLI

La Atenas de por aquí

Si cuajan los proyectos que han sido presentados en sociedad en los meses recientes, Guadalajara será en unos años “la Atenas de por aquí”, como decían los cuevanenses de Ibarguengoitia. Qué importa que las únicas obras de calibre construidas en los últimos veinte años hayan sido pasos

a desnivel y centros comerciales: para Guadalajara ha sonado la hora de levantar sus propios partenones. Todos los poderes fácticos de la ciudad, el gobierno, los empresarios, la Universidad, la Iglesia y hasta las Chivas, tienen las oficinas llenas de planos con dibujos complicadísimos. Si hubiera dinero para pagar la construcción de todo lo que se nos ocurre, Milán y París nos quedarían chiquitas. Los tapatíos somos esencialmente unos edificadores de sueños.

Uno da un paso en la ciudad y se topa con una grúa. La Universidad de Guadalajara, por ejemplo, pretende levantar en la zona de Los Belenes, en el Periférico norte, un Centro Cultural Universitario que incluirá un auditorio, una megabiblioteca y nuevos edificios para el Centro de Ciencias Sociales y Humanidades. Todavía no hay demasiados signos de construcción —como no había licencia del municipio, en lugar de primera piedra se puso una escultura que parece a la vez medusa y protozoo— pero parece que las obras estarán terminadas por allá de 2010.

Por otra parte, el empresario Jorge Vergara, quien se hizo famoso en el resto del país por comprar a las Chivas de Guadalajara —y por ofender a la mitad del mundo de fútbol nacional pagando desplegados burlescos en los diarios cuando su equipo ganaba— ha anunciado la construcción del Centro JVC, en la zona del Periférico oeste, por donde sale la carretera a Nogales. Allí se edificará un nuevo estadio para las Chivas —con forma de volcancito, según los planos—, un hotel de lujo y una galería de arte. Aunque tampoco hay primera piedra, ya se puso el asta-bandera. Y ya se están vendiendo palcos para el estadio, por si alguien quiere ir a sentarse en la hierba para ver partidos imaginarios, porque el JVC lleva años nada más en el papel, y su fecha de inauguración es apenas tentativa. ¿Quizá 2010?

La Iglesia Católica no podía ser menos, sobre todo en la ciudad con mayor número proporcional de seminaristas en el planeta. Como los criste-



Centro JVC: monumentalidad tapatía.

ros convertidos hace poco en santos por Juan Pablo II son jaliscienses, alguien pensó que el Cerro del Tesoro, al sur de la ciudad, sería óptimo para levantarles un Santuario de los Mártires. Se hicieron planes apresurados para un templo con reminiscencias del Coliseo Romano, pero sin leones. Un templo de dimensiones incomparables, porque un culto competidor, la llamada “Luz del Mundo”, tiene actualmente la iglesia más grande de la ciudad y eso le escuece en el ánimo a la jerarquía católica. Se pidió dinero prestado y hasta se comenzaron a ofrecer misas en una capilla mientras los albañiles trabajaban. Hoy, los trabajos están detenidos. El dinero se acabó, las donaciones no llegaron y el rector del Santuario se pasa la vida en Europa, en busca de recursos. Cada cierto tiempo, el rector regresa y asegura que todo va celestialmente. Es posible que las obras se terminen en 2010.

Otro proyecto monumentalmente imaginario es la presa de Arcediano, que se espera que resuelva el abasto de agua de la ciudad al mayor costo invertido en lo que sea en la historia de Jalisco. El gobierno decidió el proyecto basado en dictámenes ignotos, desalojó con muchos problemas el pueblito de Arcediano —y dio unas indemnizaciones de miseria a sus habitantes—, y hasta desmontó piedra por piedra un puente más o menos histórico para que no quedara bajo las aguas. Si hubiera agua. El Congreso local no ha aprobado el pro-

yecto, organizaciones ecológicas exigen que se detenga, y no falta quien denuncie que se está especulando con los terrenos cercanos a la presa. Que por lo pronto no ha pasado del plano a la realidad, aunque quizá en 2010 uno se pueda zambullir en sus aguas.

Pero el rey de nuestra manada de elefantes blancos es el Museo Guggenheim que será

construido en la Barranca de Oblatos, al oriente de la ciudad. La barranca es un admirable escenario natural. Allí vivió la vaca escocesa que se escapó del zoológico, y dicen que fue feliz antes de ser recapturada. Allí son arrojados buena parte de los “ejecutados” del narcotráfico, a manera de abono para la vegetación. Allí se ha tirado la basura de los habitantes del rumbo durante los últimos dos mil años.

La Barranca de Oblatos fue propuesta como sede alterna para el Museo Guggenheim latinoamericano, después de que los juzgados de Río de Janeiro impidieron que el gobierno carioca gastara en el museo lo que no gastaba en sus pobres. Pero a Guadalajara no le afectan esos argumentos sentimentales. ¿Que el puro estudio de factibilidad del museo cuesta dos millones de dólares? El gobierno promete un millón, y los empresarios prometen otro. Es hora que los empresarios no reúnen su parte, pero nadie duda que lo lograrán y tendremos estudio de factibilidad. Museo quién sabe, porque habrá que reunir sumas vertiginosamente mayores, y porque el gobernador del estado y el presidente Fox no se caen muy bien, y Fox ya anduvo tentando a las autoridades de Nuevo León para que se lleven el museo a Monterrey. Menos mal que nadie le hace caso. El Guggenheim estará listo, si no se nos acaba el dinero, por allá de 2010.

Algún escéptico dirá que todos estos

proyectos están contruidos en zonas remotas de la periferia, y no hay vialidad adecuada para llegar a ellos, ni alcantarillado que los resista, ni planes de obra pública para rehabilitar las zonas y poner pavimento bajo las llantas de los miles de automóviles que hipotéticamente llegarán. Que otros se preocupen. En 2010, tendremos tantos y tan notables edificios nuevos, que si no hay modo de llegar a ellos por tierra, alguien planeará una ruta de helicópteros y visitas en paracaídas. Total, para imaginar grandiosidades, tenemos un talento insuperable. —

— ANTONIO ORTUÑO

POESÍA

Crucigrama-poemático OOI

Vérticales

1. Fabuloso animal de cuatro trompas y siete ojos capaz de elevarse a grandes alturas propulsado por sus potentes gases estomacales.

2. Palabra usada comúnmente para designar el oxímoron “responsabilidad política”.

3. Palabra mágica que al ser pronunciada o escrita anula cualquier intención semántica en cualquier lenguaje./Discurso oficial que no contradice los hechos.

4. Onomatopeya producida por el contacto entre las antenas de dos hormigas.

5. Aire nocturno que se demora entre los esqueletos anónimos./Recuento de víctimas en el que no sobran los cráneos.

6. Nombre común que reciben los seres alterados genéticamente por efecto del glifosato y otros pesticidas de la Guerra Antidrogas.

7. Composición musical habitualmente interpretada por una orquesta sumergida en una piscina de líquido amniótico para un público de fetos./Letra del alfabeto.

8. Las tres primeras letras que no se te vengan a la cabeza./Materialización gráfica de la antimateria.

1	2	3	4	5	6	7	8
2							
3					■		
4							■
5				■			
6		■					
7						■	
8							

Horizontales

1. Ley física según la cual la sombra de un pájaro es capaz de perforar el cráneo de un transeúnte solitario.

2. Si se piensa en esta palabra se corre el riesgo de desaparecer.

3. Proceso biológico gracias al cual los animales disecados despiertan súbitamente./Ley geométrica que sirve para

calcular la cuadratura del círculo.

4. Pérdida entrópica de la gravedad terrestre que provoca un goteo constante de agua oceánica en el espacio.

5. Emanación luminosa que se desprende de las nalgas de los blancos en la oscuridad./ Nombre común del ruido que produce la expansión de la noche en el vacío.

6. Pronombre./Palíndroma, vibración del agua bajo el influjo de un mal presagio.

7. Nombre científico de la sensación que se produce al atisbar una sombra furtiva por la comisura de un ojo./Sexta vocal.

8. Proceso aleatorio de significación generado a partir de una sopa de letras en ebullición.

Regla única del juego: Incorporar las palabras creadas al lenguaje cotidiano sin importar que su significado se vea alterado por el uso. —

— JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

Corpus urbanístico de México en España

Exhibición del banco documental de códigos, planos y mapas procedente de España sobre la visión urbanística del país durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX

Acervo reunido por los arquitectos de la UAM Jorge González Aragón y José Luis Cortés Delgado

Hasta el lunes 17 de enero

Casa de la Primera Imprenta de América
Eje, Primeros Verboles No. 10, Correo Histórico

Casa del Tiempo
Pedro Antonio de los Sarmiento No. 84, Col. San Miguel Chapultepec

Difusión Cultural UAM/Embajada de España/Fundación Santillana

La casa está abierta
30 años innovando el conocimiento

UAM UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
www.uam.mx